

Urbis: La ciudad contemporánea, ¿una polis sin política?

The contemporary city: a polis without politics?

Etienne Helmer (1975-Francia Universidad de Puerto Rico)
etiennehelmer@hotmail.fr

Resumen

Mientras autores clásicos definen la ciudad como espacio de universalización de los individuos y de su acceso a una dimensión política, la extensión de la ciudad contemporánea en zonas separadas por criterios de desigualdad económica y social obstaculiza tal meta, por falta de la mezcla y del diálogo con la alteridad necesaria para elaborar un mundo común. Cabe preguntarse entonces si las nuevas formas de espacios públicos, como parecen ser los malls o centros comerciales, pueden cumplir tal función y cuáles son sus consecuencias sobre la estructura urbana en términos sociales, económicos y políticos.

Palabras clave: ciudad, espacio, mall, política, público.

Recibido: 07-06-2011 → **Aceptado:** 29-06-2011

Cítese así: Etienne, H. (2011). La ciudad contemporánea, ¿una polis sin política? En: *Boletín Científico Sapiens Research*, Vol. 1 (2), pp. 88-91.

Agradecimientos: a la Dra. Anayra Santory, directora del Departamento de Filosofía de la Universidad de Puerto Rico, por posibilitar este artículo, y a Armando Guernica, por su ayuda en la revisión

Abstract

According to the ancient philosophers, the city is a space the function of which consists in universalizing and politicizing the individuals. On the contrary, contemporary cities seem to fail to reach these aims, as they are undermined by social and economic gaps and split into highly differentiated and separated neighborhoods. They lack the social intertwining and the experience of otherness which are required for the elaboration of a truly common world. Can then the so-called new forms of public spaces, like the malls, fill this function today, and what are their social, economic and political consequences on the urban structure?

Key words: city, mall, politics, public, space.

Introducción

Desde la antigüedad, hasta la primera mitad del siglo XIX, el rasgo específico de la ciudad en comparación con otras áreas de vivienda ha consistido en su dimensión política. No solo como espacio donde se ubican los edificios administrativos del poder centralizado, sino también como lugar en donde se elaboran propuestas o ideas nuevas, que resultan de las interacciones sociales pacíficas o violentas; en donde ocurren los procesos de deliberación en debates públicos, aun informales, que dan lugar a esas ideas; donde están las instituciones que finalmente toman las decisiones para el presente y el futuro común y las publican. Desde la antigüedad, el aspecto material y arquitectónico de la ciudad fue estrechamente vincu-

lado con esa función: definida por un centro económico y administrativo y por un límite material visible (paredes, murallas, fortificaciones), la ciudad podía ser concebida mentalmente como una totalidad espacial, en donde las varias categorías de residentes, a pesar de sus diferencias sociales y económicas, tenían algo en común, por lo menos la necesidad de pensar su futuro al tomar en consideración su interacción con las otras categorías de la población. La presencia de plazas para reunirse o expresarse, de calles bastante largas para demostrar, de cafés para reunirse, de paredes disponibles para mensajes políticos (desde el código legislativo de Hammurabi, ubicado en un templo público, hasta los letreros políticos actuales) forman la parte material de la dimensión de la ciudad sobre la cual descansa su dimensión simbólica. Ambos aspectos van juntos, cada uno impactando el otro, aun cuando no sea por planificación intencional. En este respecto, la ciudad podía ser definida como polis, es decir, como la expresión sensible de lo universal y, en particular, de lo universal práctico. La ciudad como espacio político significaba la posibilidad para el ser humano de trascender su particularismo individual y sus necesidades básicas, para alcanzar al otro ser humano en el terreno más avanzado de su facultad de pensar, y actuar en común con él.

Puede que esa definición de la ciudad no tenga relevancia tampoco para la ciudad de hoy. De seguro, las diferencias entre las grandes ciudades del mundo son tan importantes, en términos de desarrollo económico, de estructura arquitectónica, de medios y estructuras de comunicación, de estratificación social, de oferta cultural y educativa, que la cuestión urbana de hoy en día debería quizás ser pluralizada: son cuestiones urbanas, según el tipo de ciudad que uno toma en consideración. Sin embargo, el aumento demográfico global y la extensión geográfica de las ciudades a nivel mundial implican ciertos rasgos comunes en la vida urbana, uno de los cuales lo es la forma de su crecimiento. Como bien enseña el antropólogo Marcel Hénaff, la ciudad del presente y del futuro consiste en un archipiélago de barrios que, al perder la relación con la comunidad urbana entera, favorece la relación de vecindad como forma normal y normativa de la relación social y pública (2008:114-127). En otras palabras, se abrieron las murallas de las ciudades bajo la presión demográfica, y el resultado observable amenaza, para no decir más, tanto la idea de centro público como la de totalidad que eran constitutivos de la ciudad.

Al aceptar este retrato general de la ciudad contemporánea, cabe preguntarse si puede seguir siendo un espacio político, o si su propensión a la extensión en forma de un archipiélago de barrios más o menos separados implica un regreso a formas de viviendas colectivas más dedicadas a funciones de supervivencia, sin la mezcla social y económica que la ciudad implicaba y superaba al universalizar a sus miembros con su ser político. Cabe preguntarse también si tal extensión de la ciudad tiene que

ver con la supuesta carencia de interés de las masas para la política o si, por el contrario, la nueva ciudad implica nuevas formas de política, quizás con nuevos tipos de «centros» urbanos. Basándome en el ejemplo de la ciudad de San Juan (Puerto Rico), cuyo desarrollo urbano es reciente y fragmentado, presentaré primero los retos de la ciudad contemporánea a la luz del concepto de ciudad en su aspecto político, tal como la definen algunos filósofos políticos clásicos. Es menester precisar que si se suele ver a la ciudad o *polis* antigua como a un sinónimo del *estado* o de la sociedad, parece válido también considerarla como *ciudad* en el sentido urbano, y analizar las ciudades contemporáneas desde su perspectiva, porque éstas son tan grandes que, excepto para asuntos exteriores, no pueden ser consideradas sólo como lugares de supervivencia y de ocio. Son también espacios políticos. Segundo, analizaré las promesas y los fracasos del *mall* en este aspecto, porque fue concebido desde su origen como nuevo centro urbano.

Los retos de la ciudad contemporánea a la luz de la ciudad clásica

Por esencia, la ciudad no se reduce a una mera elaboración arquitectónica. Cumple desde su origen un papel político que exponen con claridad los filósofos antiguos, Platón y Aristóteles en particular, cada uno dando énfasis en facetas distintas de ese mismo papel. En la *Política* (I, 2), Aristóteles diferencia con claridad las funciones particulares de las principales formas de sociedades, que son la familia, la aldea y la ciudad. La familia, dentro del espacio de la casa (*oikos*), se dedica a la satisfacción de las necesidades básicas en vista de la supervivencia y de la reproducción. En continuación con la casa, la aldea, como grupo de casas, permite satisfacer necesidades que no son cotidianas, que alcanza así un nivel de bienestar material superior (1252b18). Debido al origen común de los miembros de las casas, la organización administrativa de la aldea se parece a la estructura familiar dirigida por el más anciano; en otras palabras, no es todavía una estructura política, sino una familia extendida con un jefe cuya autoridad deriva de su mayor edad (1252b18-24).

Hasta en la aldea, el ser humano se parece mucho a los demás animales gregarios. La ciudad (*polis*), como grupo de aldeas, representa un paso cualitativo hacia la humanización del ser humano por dos razones. En primer lugar, el fin de la ciudad no es «preservar la vida» sino «vivir bien» (1252b30), que no se compara con el bienestar material. El vivir bien es el fin último de la vida humana y equivale a la felicidad, que consiste en la vida en común conforme a los valores éticos más altos, en particular la justicia. En segundo lugar, siendo una reunión de aldeas, la ciudad integra la presencia de personas de varios orígenes y condiciones sociales y económicas. El medio para tal encuentro es, además de los lugares de reunión física, el lenguaje y el pensamiento conceptual: la ciudad es un espacio de elaboración de valores comunes objetivadas por el lenguaje que, en el caso de los seres humanos, puede expresar más que la mera sensación personal y relativa del placer o del dolor, como pasa en el caso de los demás animales (1253b7-19). Esos dos rasgos permiten entender la ciudad como espacio total, diferenciado y dinámico de elaboración de lo común. No se trata de una comunidad cerrada, ni de un comunismo cotidiano en todos los aspectos materiales de la vida, ni de una homogeneización en los estilos de vida, sino de un espacio compartido de encuentro con el otro y de universalización de sí mismo, que hace posible la vida

política. Para imitar a Le Corbusier, la ciudad es «una máquina para universalizar»¹.

Por lo tanto, cabe preguntarse si la ciudad contemporánea permite que funcione todavía esta máquina. La formación de «guetos», en muchas grandes ciudades, significa su fragmentación en barrios cada vez más homogéneos en términos sociales y económicos, más separados, aun cuando no sufren de aislamiento geográfico, y entonces con menor posibilidad de mezcla: desaparece la alteridad indispensable para la universalización. En San Juan de Puerto Rico, la externalización de la población obrera primero fuera de las murallas del centro histórico, y después fuera de la Isleta de San Juan, fue motivada desde el siglo XIX por el crecimiento demográfico y, a veces, por una política intencional de separación social (Quiles Rodríguez, 2003:44-55). Hoy asistimos sobre todo a una transformación de la ciudad en guetos o «guetización» (Duany, 2010:127), que da lugar, por ejemplo, a barrios con concentraciones de población dominicana de bajos niveles de ingreso, el principal en el Barrio Obrero. Además, son el resultado de prejuicios racistas y de una falta de medidas de integración (140,128). Esos barrios se encuentran en el centro geográfico de la ciudad, pero el aislamiento económico creciente deshace su relación con el todo y convierte poco a poco esos barrios en partes sin referencia a una totalidad. En este caso, la ciudad se fragmenta desde adentro y tiende a «aldearse».

Platón enfatiza el papel político de la ciudad en otros aspectos. Además de las alusiones al ágora como centro público donde circulan, desde el punto de vista de Platón, opiniones criticables sobre la política y los valores comunes, un tema importante de su obra lo es el de las diferencias económicas dentro de la ciudad. Al aumentar esas diferencias, la ciudad deja de ser *una* ciudad para ser dos ciudades: la de los ricos y la de los pobres, cada una al dividirse de nuevo en fragmentos al nivel interno (República IV, 422D-423A). Y por falta de proporción en esas diferencias, la idea de lo común no tiene sentido tampoco. Por lo tanto, la proporción limitada en una escala de uno a cuatro respecto al nivel material de los residentes cumple un papel de suma importancia en la construcción de la ciudad perfecta de las *Leyes* (V, 744D-745B). Permite que la diferencia económica siga siendo representable y concebible por cada uno. Evita que cada extremo no pueda concebir el otro extremo en sus condiciones de vida. Gracias a tal medida, la ciudad, como totalidad y espacio político común, sigue siendo posible, porque la alteridad social y económica no se convierte en objeto de fantasma sin representación empírica. La fragmentación económica urbana que sufre hoy una ciudad como la de San Juan prohíbe tal posibilidad de representación racional de la alteridad social y económica, y es un reflejo sensible de la desigualdad en la distribución de los ingresos a nivel nacional. En 2006, «en Puerto Rico el 5% de los hogares con más ingresos reciben el 25% del total (...). En el otro extremo, el 20% de hogares en Puerto Rico con menos ingresos recibe el 2%» (U.S. Census Bureau, 2006). Pueden vivir muy cercas las comunidades de los dos extremos: se yuxtaponen, no conviven. La ola de cierre por portones de las comunidades en los años ochenta, como la de Ocean Park en San Juan, acentúa la separación aun más, hasta dificultar el acceso de todos, en particular de los residentes de la cercana comunidad popular del Residencial Luis Llorens Torres, a la playa con la cual colindan las casas de Ocean Park (Fontánez, 2009:65). Este proceso, parecido al movimiento

¹ El arquitecto francés Le Corbusier definió la casa como «una máquina para vivir» («une machine à habiter»).



del «Nimby» en Los Ángeles y en la misma época (literalmente: «Not in my back yards», «no en mi patio» (Davis, 1990), tiene como propósito hacer invisible la cara de la alteridad social y económica. Favorece el particularismo y la influencia de lo irracional en su representación. Entonces, ¿cuáles son los recursos disponibles en la ciudad de hoy y de mañana como yuxtaposición de espacios privados para que siga teniendo su función política de universalización?

El mall: la publicidad en contra de lo público

Ante el proceso de separación social y económico creciente que se refleja en la fragmentación urbana contemporánea, parece necesario preguntarse si existen formas alternas de espacios idóneos que cumplen con el papel político de universalización que la ciudad clásica posibilitaba. De hecho, los malls tienden a definirse como espacios públicos, centrales, no solo porque sus diseñadores lo planificaron así, sino también por el uso que los visitantes hacen de este tipo de espacio, que va más allá del simple consumismo: muchos frecuentan los malls sin el propósito de comprar nada, pero para pasear, encontrarse y evadirse del mundo exterior (Dávila, 2005:139). ¿Pero hasta qué punto es el mall un espacio público y qué función cumple en la ciudad de hoy?

El desarrollo de los malls o centros comerciales en los años cincuenta en Estados Unidos es contemporáneo de la extensión urbana en zonas de vivienda fragmentadas, en urbanizaciones con pocos negocios y servicios, razón por la cual el automóvil se vuelve indispensable para tener acceso a las necesidades brindadas por las nuevas áreas comerciales, que se convierten en inevitables polos de atracción y centros urbanos de sustitución. Para entender qué tipo de centros son los malls, cabe señalar que emulan de sí la ciudad clásica, por lo menos en cuatro aspectos. El primer aspecto es funcional: el mall ofrece una gran variedad de negocios y servicios, desde oficinas de médicos y abogados, servicios administrativos, bancos, hasta entretenimientos como cines y restaurantes, que las nuevas zonas urbanas no proveen más. Lo necesario y lo superfluo se consiguen en el mall. El segundo aspecto bajo lo cual los malls se parecen a la ciudad clásica refiere a su arquitectura: muchos se parecen a recintos fortificados (12-13), como las ciudades del pasado, que edificaban protecciones contra los enemigos exteriores. Al abrirse las ciudades modernas, parece necesario encontrar una nueva forma de cierre. Esa arquitectura tiene que ver también con la visión religiosa de uno de los padres fundadores de los malls, James Wilson Rouse, que concibe el mall como la realización terrestre de la *ciudad de Dios*, donde la belleza y el orden triunfan sobre la corrupción, y la decadencia física y moral que, según él, se percibe en la ciudad posterior a la Segunda Guerra Mundial (182). En tercer lugar, la topografía interior de muchos malls imita la de la ciudad, con calles que tienen nombres, en muchos casos con una calle principal o «Main Street». Como bien explica Dávila, el mall «se va evolucionando hacia la forma de ciudad. Si al principio muchos malls comienzan emulando una calle principal, finalmente asumen la forma de ciudad» (14). Cada mall tiene su mapa, al igual que cualquiera ciudad, con plazas y fuentes también. El último aspecto concierne precisamente al nombre de los malls, que se llaman «Plaza algo», con referencia obvia a la plaza clásica como ágora, es decir, plaza del mercado y lugar de encuentro público, de expresión y de manifestación. En 2005, la palabra «plaza» aparecía en el nombre de 39 de los 57 malls de Puerto Rico (153).

El ejemplo más representativo de esos rasgos específicos del mall lo es *Plaza las Américas* en San Juan de Puerto Rico que, desde 1972, cuatro

años después su apertura, unos señalaron como la nueva capital de Puerto Rico (139). La centralidad del sitio es decisiva como parte de su función. Esta centralidad es primero una en las vías de comunicación del país. Según dice la página de internet de presentación del centro, se ubica «en la intersección de las principales vías de tránsito o autopistas que corren de este a oeste y de norte a sur de la isla. La céntrica localización es adyacente al principal distrito de negocios de la isla, y está rodeada de la mayor concentración demográfica en todo Puerto Rico, y a 15 minutos de distancia del puerto de San Juan, del Aeropuerto Internacional Luis Muñoz Marín, del Centro de Convenciones y de la mayoría de los hoteles de la zona metropolitana»². Tal ubicación facilita el acceso y, a la vez, contribuye al distanciamiento de las zonas urbanas entre sí mismas. Pone un cortocircuito en la posible conexión de los barrios.

A esa centralidad se añade la centralidad simbólica, muy visible en la estrategia de los dueños y administradores de Plaza las Américas, que van más allá de una mera estrategia comercial. Parecen aspirar a hacer un centro urbano que no recoja únicamente la función económica de la ciudad y de la plaza del mercado sino también de los símbolos tradicionales de la ciudad clásica como centro espiritual y cultural. Respecto a lo espiritual, por ejemplo, «realizaron una plaza en honor de Juan Pablo II, cerca del centro comercial Plaza Las Américas» (Rodríguez, 2011). En cuanto a la oferta cultural, no se limita a entretenimientos de masa. Plaza las Américas participa también en eventos culturales de mayor nivel como el Festival de la Palabra, cuyo preámbulo sucedió este año. También «se entregó este año la primera edición del Premio Las Américas (dotado con \$25.000), que auspicia el mencionado centro comercial», y la fundación de sus dueños, la Fundación Fonalledas (Toro, 2011). A través de esos dos ejemplos, Plaza las Américas parece deseosa de conquistar a dos categorías de personas susceptibles de tener un prejuicio negativo en contra del centro: los que critican la idolatría actual del materialismo y del consumismo a causa del creciente malestar social y del deterioro de la creencia religiosa, y los que denuncian la cultura de masa, de origen principalmente estadounidense, como obstáculo a la promoción del español como idioma de cultura y al desarrollo intelectual. Plaza las Américas une los contrarios, parece reconciliar el estilo de vida materialista con los valores espirituales más altos. Se presenta como un mundo sin antagonismos. Es, en otras palabras, un mundo sin espacio para la política, que es desde su origen de naturaleza polémica y agonística.

Eso explica a la vez el éxito de tal centro como polo de atracción de ocio (Dávila, 2005:139) y su fracaso respecto tanto a las metas sociales utópicas de sus fundadores como a los retos sociales y económicos de hoy en día. El mall no logra superar su fundamento: es un espacio privado que simula la publicidad del espacio público, sin dejar de ser privado. No hay que ver aquí una forma de cinismo intencional, sino entender que el sistema jurídico, político y económico sobre el cual descansa tal centro contradice la posibilidad en este espacio para la crítica de las desigualdades que surgen de este mismo sistema. Aun equipar los malls con centros de reunión excluiría, por supuesto, discusiones políticas que podrían ser polémicas ante este sistema. Tales centros solo podrían ser lugares de consenso silencioso acerca del mundo exterior en sus dimensiones políticas, económicas y sociales, al contrario de lo que debe ser una asamblea política, agonística por definición. Eventos culturales importantes o consagraciones simbólicas, bienvenidos en efecto en los malls, no son sufi-

² <http://www.plazalasamericas.net/center-information/about/>

cientes para la creación del verdadero vínculo político en este tipo de espacio. La única forma de publicidad que autoriza el *mall* es la visibilidad social de los individuos como participantes del espectáculo del consumo, que funciona como un proceso ilusorio de igualdad. La tranquilidad que produce el *mall* es una ilusión de pacificación social. Deja sin respuesta la articulación de soluciones viables para los problemas de desigualdad económica y social, que van junto con la fragmentación urbana y, peor aún, los oculta en el «paraíso» que pretende recrear. Mientras más crece este tipo de espacio, más se apagan los barrios sin redes económicas, administrativas y culturales fuertes. Mientras más se desarrolla el «paraíso», más se extiende el infierno.

Conclusiones y discusión

Por el momento, la calle sigue siendo el único lugar con función de manifestación y expresión pública. Sin embargo, ¿qué son las calles cuando no las cruzan poblaciones diferentes? Su «re-comunización» y su papel político no son posibles sin la voluntad del poder centralizado y del público de pensar la ciudad como totalidad, y no como yuxtaposición de barrios. Mejorar y promover el transporte público es uno de los recursos para unificar los barrios, como para descentralizar la oferta económica, administrativa y cultural. En San Juan son unas asociaciones las que promueven la reinversión del espacio público en Puerto Rico. Por ejemplo «Desayuno Calle»³ trata de crear un sentimiento de comunidad al juntar a personas conocidas o desconocidas para desayunar en un espacio público de la ciudad. No obstante, el reto principal yace en el vínculo con las áreas donde predomina la pobreza, la exclusión, y el sentimiento de exclusión.

Comentario de las editoras. ¿Ha perdido la ciudad de hoy su dimensión política a causa de su excesiva extensión y fragmentación y de que el espacio público se haya convertido en espacio de tránsito y no de permanencia? ¿Y cuál es la dimensión simbólica de la ciudad y de los espacios en su interior? Estos interrogantes nos permiten introducir el artículo de Etienne Helmer, quien parte de mostrar cómo la ciudad tuvo una dimensión política, en todos los aspectos, desde la antigüedad hasta la primera mitad del siglo XIX, para constituirse ahora en un archipiélago de barrios que han perdido su relación con la comunidad urbana entera. Y aunque favorece la relación de vecindad como forma normal y normativa de la relación social y pública, la apertura de las murallas de las ciudades bajo la presión demográfica conlleva una amenaza contra la idea de centro público y la de totalidad, constitutivos de la ciudad. Esta reflexión argumentada en los clásicos le permite preguntarse por la existencia de formas espaciales alternas que cumplan con el papel político de universalización que la ciudad clásica posibilitaba y, con este pretexto, analizar el papel de los *malls* como nuevos espacios públicos, centrales, que emulan la ciudad clásica en cuanto a su funcionalidad, su arquitectura, su topografía y a la simbología de los nombres utilizados en su interior. La conclusión del autor, que compartimos, es más que interesante, audaz, y llama a la reflexión sobre la proliferación de *malls* y centros comerciales, sobre todo en aquellas ciudades con una enorme inequidad en la distribución de los ingresos y la riqueza, cuyo plan de ordenamiento las enfila a ser comerciales.

Referencias bibliográficas

- Dávila, S. (2005). *El Mall. Del mundo al paraíso*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón.
- Davis, M. (1990). *City of quartz. Excavating the future in Los Angeles*. Nueva York: Verso.
- Duany, J. (2010). *La nación en vaivén: identidad, migración y cultura popular en Puerto Rico*. San Juan: Puerto Rico: Ediciones Callejón.
- Fontánez, E. (2009). El discurso legal en la construcción del espacio público: Las playas son públicas, nuestras, del pueblo. *Revista de Ciencias Sociales*, 20, pp. 42-77.
En: <http://cis.uprrp.edu/documents/2ErikaFontanez.pdf>
- Hénaff, M. (2008). *La ville qui vient*. Paris, France: L'Herne.
- Quiles, E. (2003). *San Juan tras la fachada: una mirada desde sus espacios ocultos (1508-1900)*. San Juan, Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- Rodríguez, I. (2011). Albata se queda fuera de la ceremonia del papa. *El Nuevo Día*, el 2 de mayo de 2011. En: <http://www.elnuevodia.com/albitasequedafueradelaceremoniadelpapa-955576.html>
- Toro, A. (2011). Elásticas palabras. *El Nuevo Día*, el 13 de mayo de 2011. En: <http://www.elnuevodia.com/elasticaspalabras-965047.html>
- U.S. Census Bureau. (2006). Desigualdad económica en Puerto Rico. *American Community Survey*.
En: <http://tendenciaspr.uprrp.edu/Fichas/DesigualdadEco.pdf>

³ www.desayunocalle.blogspot.com